SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS SELECTAS

VOLUMEN II

Traducción por

R.P. Florentino Ogara

Serie
Los Santos Padres
N.º 27

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1367-1991
I.S.B.N.: 84-7770-195-4
I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-216-0
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SEGUNDA HOMILIA SOBRE LA TRAICION DE JUDAS Y LA ULTIMA CENA

Esta y la primera homilía sobre el mismo asunto, que se hallan consecutivamente en las obras de San Crisóstomo, son tan semejantes entre sí, que no hay duda que esta segunda no es sino la primera algo retocada.

Fue pronunciada el Jueves Santo de la misma cuaresma en que tuvo las 32 primeras homilías sobre el Génesis, de las cuales las dos últimas tratan de Abrahán, a quien él suele llamar antonomásticamente el *patriarca*. Esto se echa de ver claro por el comienzo de esta homilía. No sólo con ésta, sino con otras varias homilías, según el tiempo, interrumpió la serie de las que tuvo sobre el Génesis, como consta por el principio de la 33.ª.

No nos es posible averiguar el año en que se pronunció esta homilía; sólo se puede conjeturar que fue algunos años después de la primera.

Ideas principales:

I. Judas vende a Jesús; más debemos llorar a Judas que a Jesús y, en general, más a los que causan males que a los que los sufren. Jesús lloró a Judas; en cambio llamó bienaventurado a los que sufren por la justicia. Los que causan el mal so castigados; testimonio de San Pablo. Jesús se turba por causa de Judas. Sentida explicación del texto de San Juan.

II. De aquí debemos aprende a orar por los enemigos; esto no es útil a nosotros mismos. Explicación del texto de San Mateos: *Entonces se fue uno de los doce...* ciñéndose a la palabra *entonces*, y amplificando la circunstancia del tiempo; cuando la mala mujer se convierte, Judas se condena. Explicación de las cláusulas del texto *se fue*, esto es, espontáneamente y *uno de los doce, por nombre Judas Iscariote*.

Transición a la cláusula inmediata: "¿Qué me queréis dar, yo os lo entregaré?

III. Afectuosa amplificación de ella. Pondera cómo Jesús se entregó a la muerte, no porque Judas le vendió, sino espontáneamente. Responde a la objección: *¿Por qué no convirtió a Judas?* No quiso violentar su libre albedrío; si por fuerza le hubiera mudado, no sería por eso mejor Judas, por otra parte hizo extraordinarias cosas para convertirle; luego si no se convirtió, el tuvo la culpa. Explicación breve del texto: *Y le tasaron el precio de treinta monedas de plata.*

IV. Conducta opuesta de los demás discípulos y de Judas. Con ocasión del texto *¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?* compara la Pascua de los judíos y la Pascua de Jesucristo.

V. Reprende con elocuencia a los judíos por su pertinacia en querer celebrar la Pascua antigua, y a continuación.

VI. Expone las palabras del Evangelio sobre la institución del Santísimo Sacramento bajo ambas especies.

Exhortación a comulgar con la conciencia pura, y en especial deponiendo todo resentimiento y enemistad.

El título completo de esta homilía es el siguiente: SOBRE LA DIVINA Y MISTICA CENA DEL SALVADOR Y SOBRE LA TRAICION DE JUDAS; SOBRE LA PASCUA Y DISPENSACION DE LOS SANTOS SACRAMENTOS, Y SOBRE EL OLVIDO DE LAS INJURIAS. FUE PRONUNCIADA EN LA SANTA Y GRANDE FERIA QUINTA (JUEVES SANTO)

I

Quería, amados hijos, tratar otra vez del patriarca, y presentaros este asunto, cual un convite espiritual; pero la ingratitud del traidor me induce a tratar de ella, y la oportunidad del mismo día de hoy nos exhorta a hablar sobre la locura de tan criminal osadía. Hoy, en efecto, nuestro Señor Jesucristo fue puesto en manos de los judíos por su propio discípulo. Tú que esto oyes, amado hijo, no estés triste, ni te aires por oír que fue vendido el Señor; antes gime y llora, no por Jesús que fue vendido, sino por Judas que le vendió. Porque Jesús, vendido, salvó al mundo, y Judas, que le vendió, perdió su propia alma, Jesús, vendido, está en los cielos sentado a la diestra del Padre, y Judas, que le vendió, está ahora en el infierno, y aguanta un suplicio ineludible y para siempre. Por esto has de gemir, por esto has de llorar; que el mismo Señor nuestro Jesucristo, viendo a Judas, se turbó y lloró. *Viéndole* dice, *se turbó*, y dijo: *Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¿Y porqué causa se turbó? Porque pensaba como Judas, después de tanta doctrina, después de tantas exhortaciones, no se daba cuenta a qué precipicio tan hondo se lanzaba. Viendo, pues, el Señor el frenesí del discípulo, compadeciéndose de él, se turbó y lloró. Y esto lo afirman repetidas veces los Evangelistas para testificar la verdad de la solicitud y providencia de Cristo. Turbóse, pues, el Señor viendo la extremada ingratitud del discípulo, y enseñándonos a llorar, no a los que sufren males, sino a los que obran mal; porque los que sufren males injustamente más bien son dignos de ser reputados por felices. Por esto decía Cristo: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 10). ¿Ves cuánta ganancia y riqueza nos hace ver en los que sufren? Mira, en cambio, cómo en otra parte se nos descubre el ineludible castigo de los que obran mal. Oye a San Pablo, que dice: *Voso-*

tros, hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios que hay en la Judea; porque habéis sufrido también vosotros, de parte de los de vuestra misma tribu, las mismas vejaciones que ellos de parte de los judíos, que también mataron a nuestro Señor Jesús, y a sus propios profetas, y a nosotros nos impidieron hablar a las naciones gentiles para que sean salvas, de modo que se llena la medida de los pecados de ellos; mas ha llegado ya sobre ellos la ira de Dios hasta el fin (1 Tes. 2, 14-16). ¿Ves cómo es justo que principalmente lloremos y nos aflijamos por los que obran mal? Por esto el Señor, el amador de los hombres, viendo la osadía del discípulo, se turbó y lloró, mostrando su compasión para con el discípulo, y descubriendo la grandeza de su amor a los hombres, por que hasta el punto mismo de la traición no cesó de procurar la corrección del discípulo. Llora, pues, amargamente y gime por causa de Judas, que también el Señor se entristeció por él. *Se turbó Jesús, y dijo: Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¡Oh cuán grande misericordia! ¡Cuán grande bondad la del Señor! El vendido se entristece por causa del que le vende. Mira, ¡cuán grande paciencia y longanimidad! ¡cuán grande benignidad! ¡Cómo perdona al ingrato, y no quiere que obre con tal desvergüenza, sino que infunde temor y ansía en todos los discípulos, para darle alguna ocasión de reconocer su locura! Pero una vez que el alma se insensibiliza por no recibir en sí la semilla de la piedad, ya no admite exhortaciones, no hace caso de consejos, sino que, ofuscada por las tinieblas de la pasión, se lanza a los precipicios; por esto tampoco a Judas le aprovechó nada tan larga paciencia: *Uno de vosotros me ha de vender*, dice. ¿Por qué causa se turbó y entristeció? Para demostrarnos su amor paternal y enseñarnos al mismo tiempo que principalmente se debe llorar por aquellos que causan daño a sus prójimos. Porque ellos mismos acarrean la ira contra sus cabezas; no es justo llorar al que sufre mal de otro; sí se debe, y en todas partes, al que obra mal: Pues el sufrir mal de otro nos proporciona el reino de los cielos; pero el hacer mal al prójimo nos es causa de infierno y de castigo. *Bienaventurados, dice, los que sufren persecución por la justicia* (Mt. 5, 10). ¿Ves cómo el sufrir males tiene premio y galardón, que es el reino de los cielos? Oye ahora cómo el hacer mal acarrea castigo y suplicio. Porque habiendo dicho Pablo de los judíos, que dieron muerte al Señor y persiguieron a los profetas, añadió: *y su fin es según sus obras* (2 Cor. 9, 15). ¿Ves cómo los que son perseguidos alcanzan el reino de los cielos, y en cambio, los perseguidores tienen por herencia la indignación de Dios?

II

No sin razón digo esto delante de vosotros, amadísimos oyentes, sino para que aprendamos a no airarnos contra nuestros enemigos, antes más bien los compadezcamos, y lloremos y nos entristezcamos por ellos. Porque los que sin motivo tienen enemistad con nosotros, ellos son propiamente los que reciben daño. Si de tal manera disponemos nuestros ánimos que no nos airemos, antes nos compadezcamos de ellos, podremos, según el consejo del Señor, rogar por ellos, y de esta manera obtener para nosotros singular favor del cielo. Y esta es la razón por qué van ya cuatro días que os estoy hablando sobre el rogar por los enemigos, para que con la continuidad de la exhortación se afiance más esta doctrina y se arraigue más en vuestras almas. Por eso continuamente os exhorto con mis palabras a refrenar la ira y reprimir su hinchazón y no llegaros a orar sino con el alma libre de enemistad. Porque si Cristo nos exhorta a ello, no lo hace sólo en atención a los enemigos, sino también por nosotros que les perdonamos las culpas. Puesto que más recibes de lo que das cuando perdonas al enemigo.

Y ¿cómo recibo más? podrás decir. Atiende con cuidado. Si perdonas las faltas a tu enemigo, se te perdonan los delitos contra el Señor. Ahora bien; estos delitos (contra el Señor) difícilmente hallan perdón e indulgencia, mientras que de aquellas faltas (que se cometen contra los hombres) fácilmente se logra remisión y consuelo. Oye, en efecto, cómo lo dice Helí hablando con su hijo: *Si pecare un hombre contra un hombre, el sacerdote rogará por él; pero si pecare contra Dios, ¿quién rogará por él?* (1 Re. 2, 25). Grande es semejante herida, ni se cura fácilmente con la oración; o bien, ni con oración se cura, y en cambio con perdonar las culpas al enemigo se cura al momento. Por eso a las culpas contra el Señor las llamó el mismo Dios diez mil talentos, y a las otras cien denarios (Mt. 29, 23, ss.); y si tú los perdonares, te serán perdonados los diez mil talentos.

Pero basta lo dicho acerca de la oración. Ahora, si os parece, volvamos a hablar de la traición, tomando el asunto de más arriba, y veamos como fue entregado nuestro Señor. Pero para que veamos en Judas toda su locura como traidor y su ingratitud como discípulo, y en el Señor su inefable benignidad, oigamos cómo nos expone la traición: *Entonces, dice, se fue uno de los doce, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y le dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo*

os lo entregaré? (Mt. 26, 14-15) Parecen ser claras estas palabras, y no dan a entender ninguna otra cosa, pero si con diligencia se examina cada una de ellas, tienen mucho que considerar y mucha profundidad de pensamientos.

Y lo primero que hay que considerar es el tiempo. Porque no de cualquier manera lo da a entender el Evangelista, pues no dijo sencillamente *Se fue*, sino, *Entonces se fue. Entonces* ¿cuándo? Y ¿por qué razón da a entender el tiempo? –No en vano indica la ocasión del hecho el Evangelista, que habla por inspiración del Espíritu Santo; porque quien halla por inspiración del Espíritu divino nada habla en vano y sin motivo. ¿Qué significa, pues, la palabra *entonces*? Antes de aquel mismo tiempo, antes de aquella misma hora se adelantó una mujer con un vaso de alabastro, y derramó el ungüento sobre la cabeza del Señor. Demostró en esto mucha fe, demostró mucha servicialidad, demostró mucha obediencia y piedad; convirtióse de su primera vida e hizióse mejor y más recatada. Pues bien; cuando la meretriz se arrepintió, cuando reconoció al Señor, *entonces* el discípulo entregó al maestro. *Entonces*, ¿cuándo? Cuando adelantándose ella y derramando a los pies de Cristo el alabastro de ungüento, se los limpió con sus propios cabellos y se mostró en extremo obsequiosa, borrando con esta confesión todos los pecados hasta entonces cometidos. Entonces, pues, cuando la vio hacer tan grande obsequio al Maestro, entonces se apresuró a su criminal traición. De modo que aquella, desde el fondo de la maldad, se remontó hasta el cielo, y él, en cambio, después de innumerables milagros y prodigios, después de tanta instrucción, después de tan inefable humildad del Señor, cayó hasta el mismo fondo del infierno. ¡Tanto daño acarrea la negligencia y una voluntad corrompida! Por eso decía también Pablo: *El que se crea estar en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12): y en otro tiempo el profeta clamaba: *¿Acaso quien cae no se levanta, o el que se aleja no vuelve* (Jr. 8, 4)? Para que ni quien está de pie se fíe, sino siempre viva en temor y lucha, ni quien cayó desespere. Porque era tan grande la virtud del Maestro, que aun a las meretrices y publicanos atrajo a su servicio.

Pues, ¿cómo? dirás. El que atrajo a las meretrices, ¿no pudo atraer a un discípulo? Realmente, pudo atraer al discípulo; mas no quiso hacerle bueno por necesidad, ni arrastrarle hacia sí con violencia. Por esto el Evangelio, exponiéndonos todo lo concerniente al discípulo ingrato, dijo: *Entonces se fue*, esto es, no llamado por otros ni obligado por nadie ni por ajena exhortación, sino que emprendió esta em-

presa movido de suyo, dando claras muestras de que espontánea y libérrimamente se lanzó a tan criminal audacia, sin motivo alguno, sino sólo por la malicia que le brotaba de dentro y le impulsó a la venta del Señor. *Entonces se fue uno de los doce*. Y no es pequeña acusación la que contienen las palabras *Uno de los doce*. Porque como había otros setenta discípulos, dijo *Uno de los doce*, esto es, de los escogidos de los que todos los días estaban con él, de los que tenían con él mayor confianza. Por eso, para que vieras que era uno de los discípulos selectos, dijo *Uno de los doce*.. Y no quiso el Evangelista callar esto en el Evangelio, para que te persuadieras tú que lo que parece deshonroso manifiesta a las claras el cuidado del Señor para con nosotros, puesto que al traidor, al ladrón, se dignó concederle tantos bienes y le exhortó hasta la última tarde. ¿Ves cómo la mala mujer se salvó porque lavó [23] (los pies del Señor), y el discípulo cayó por haber sido negligente? Po lo tanto, no desesperes de ti, mirando a la mala mujer, ni te fíes demasiado, considerando la osadía del discípulo, porque ambos extremos son perniciosos. Instable es nuestro ánimo, voluble la voluntad; por esto conviene asegurarse por todas partes. *Entonces se fue uno de los doce, Judas Iscariote*. ¿Ves de qué jerarquía cayó? ¿Ves de qué escuela se privó a si mismo? ¿Ves cuán grave mal es la negligencia? *Judas*, dice, *el llamado Iscariote*, porque había otro del mismo nombre, el que se decía de Jacob. ¿Ves la prudencia del Evangelista, que nos lo da a conocer, no por su crimen, sino por el lugar de su nacimiento, siendo así que al otro discípulo no le nombre por el lugar de nacimiento, sino por el nombre de su padre? Porque lo natural era decir "Judas el traidor"; pero para enseñarnos a guardar la lengua sin mancha de criminación alguna, se abstiene aun del mismo nombre de traidor. Aprendamos, pues, a no nombrar afrentosamente a ninguno de los enemigos. Porque si el santo Evangelista no consintió en afrentar al traidor, sino que, contando este crimen tan inicuo, calló y nos dio a conocer a la persona por el lugar de donde tuvo origen, ¿qué perdón merecemos nosotros si condenamos al prójimo? Y lo peor es que muchas veces, no sólo de los enemigos, sino de aquellos que están bien dispuestos para con nosotros, hacemos mención con afrenta. Por Dios, no lo hagamos. Que a esto nos exhorta San Pablo, diciendo (Ef. 4, 29): *No salga de vuestra boca palabra alguna podrida* [24]. Por eso San Mateo, como tan puro de semejante pasión, dijo: *Entonces se fue uno de los doces, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me que-*

réis dar, y yo os lo entregaré? ¡Oh palabra execrable! ¡Oh atrevimiento insensato! Tiemblo, amados hijos, sólo de pensar como salió tal palabra de su boca, cómo movió su lengua, cómo no se le huyó el alma del cuerpo, cómo no se le entorpecieron los labios, cómo no salió fuera de sí.

III

¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré? Dime, Judas: ¿esto es lo que te ha enseñado tu Maestro en tan largo tiempo? ¿Hasta tal punto te has olvidado de sus continuas exhortaciones? Si dijo: *No poseáis oro, ni plata* (Mt., 10, 9), ¿no fue con el intento de reprimir desde un principio tu extremado frenesí por el dinero? ¿No os exhortó, diciendo: *Si alguien te abofeteare la mejilla derecha, preséntale también la otra* (Mt., 5, 39? ¿Por qué razón, dime, vendes al Maestro? ¿Acaso porque te dio poder contra los demonios, de modo que pudieras curar enfermedades, limpiar leprosos y hacer otras semejantes maravillas? Y en pago de tales beneficios como estos, ¡le das semejante recompensa! ¡Oh locura, o mejor, avaricia! Porque todos estos males los causó la avaricia: ella es la raíz de los males, que cubre de sombra nuestras almas, y oculta aun las mismas leyes de la naturaleza, y nos hace salir de juicio, y no nos permite acordarnos ni de amistad, ni de parentesco, ni de ninguna otra relación; sino que cegando de una vez los ojos de nuestra alma, nos obliga a andar en tinieblas. Para que lo veas con claridad, mira cuántas cosas echó entonces del alma de Judas. Una vez que entró allí, arrojó a las sombras del olvido la conversación, la familiaridad, la unión con Jesucristo, su admirable doctrina; todo lo arrojó la avaricia. Hermosamente dijo San Pablo, que *la avaricia es la raíz de todos los males* (1 Tim. 6, 10). *¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré?* ¿Entregas, Judas, a aquel que todo lo contiene con su palabra? ¿Vendes al Incomprensible, al Criador del cielo y de la tierra, al Hacedor de nuestra naturaleza humana, al que con una palabra e inclinación de cabeza afianza toda la creación?

Pero para mostrarnos (Jesús) que voluntariamente quiso ser vendido, oye lo que hace. En el tiempo mismo da la traición, cuando se echaron sobre él con espadas y palos, llevando linternas y teas, les dice: *¿A quién buscáis?* (Jn, 18, 4). Y ellos no conocieron a quien trataban de prender. ¡Tan lejos estaba Judas de poderle entregar, cuando teniendo presente al que había de vender, ni aún siquiera distin-

guirle podía, y esto habiendo allí linternas y tanta luz! Y parece, en efecto, que el Evangelista quiso indicar que a pesar de tener ellos linternas y teas no le podían hallar al decir: *Y Judas estaba con ellos*, el mismo que les había dicho: *Yo os le entregaré*. Porque les cegó (Jesús) los sentidos, queriendo hacer demostración de su poder, y enseñarles que trataban de hacer lo que no estaba en sus manos. Y al punto, oída su voz, cayeron hacia atrás, y dieron consigo en tierra. ¿Ves cómo ni aun siquiera su voz pudieron resistir, sino que mostraron a las claras en su caída su impotencia? Mira ahora la benignidad del Señor. Ya que ni aun con esto rindió la desvergüenza de Judas ni la ingratitud de los judíos, se entrega el Señor a sí mismo, y dice: Al hacer manifiesto, que no está en sus manos lo que pretenden, he querido reprimir su locura: ellos se resisten, y se obstinan aún en su maldad; pues bien, yo me entrego a mí mismo.

Esto os lo digo para que nadie eche la culpa a Jesucristo diciendo: ¿Por qué no convirtió a Judas? ¿por qué no le hizo mejor? Pero ¿y cómo convenía hacer a Judas mejor y más cauto? ¿por necesidad, o por voluntad? Si por necesidad, ni aún así había de ser mejor, porque nadie se hace mejor por necesidad; si por voluntad y elección, ya puso todos los medios que pudieran reducirle. Y si él no quiso recibir las medicinas, no es culpa del médico, sino del que rechazó la curación. ¿Quieres saber cuántas cosas hizo para recobrarle? Le dio la gracia de hacer muchos milagros, le avisó de antemano sobre la traición, nada que conviniera al discípulo dejó de hacer. Y para que veas que, pudiendo convertirse, no quiso, sino que todo procedió de su negligencia; después de haber hecho la traición, y llevado su locura hasta el límite, *arrojó de sí las treinta monedas de plata, diciendo: Pequé entregando sangre inocente* (Mt. 27, 3). Antes de ahora decía: *¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré?* Una vez llevado a término el pecado, entonces lo reconoció. Aprendamos de aquí cómo cuando somos perezosos, nada nos aprovecha, ni la exhortación, ni el aviso; pero cuando andamos con diligencia, aun por nosotros mismos podemos resucitar. Porque, piénsalo bien; cuando le exhortaba Jesús, y le retraía de su mal propósito, no oyó ni recibió el aviso; y cuando nadie había que le exhortara, su propia conciencia resucitó, y, sin que hubiese quien le enseñara, mudó de intento y arrojó las treinta monedas. *Porque le fijaron, dice, el precio de treinta monedas de plata* (Mt. 26, 15). Fijaron precio a una sangre que no tiene precio. ¿Cómo recibes las treinta monedas, oh Judas? De balde vino Cristo a derramar por el

mundo su sangre, cuya venta estás contratando. ¿Qué cosas más desvergonzada que este trato? ¿quién jamás vio, quién jamás oyó cosa semejante?

IV

Pero para que veamos la diferencia que hay entre el traidor y los demás discípulos, oigamos el Evangelio: que todo nos lo cuenta minuciosamente el Evangelista. Cuando esto sucedía, dice, cuando siguió adelante la traición, cuando Judas se perdió a si mismo, cuando hizo aquellos tratos inicuos y buscaba oportunidad para entregarle, *entonces se acercaron a Jesús los discípulos, diciendo: ¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* (Mt. 26, 17) ¿Ves qué discípulos y qué discípulo? Este se afanaba por la traición, aquellos por el servicio; este hacía pactos y trataba de recibir el precio de la sangre del Señor, aquellos se preparaban a obsequiarle. Los mismos milagros, las mismas enseñanzas tuvieron ellos y él, ¿dónde, pues, la diferencia? De la voluntad. Esta es la causa de los males y de los bienes. Era una misma la tarde en que decían esto los discípulos. ¿Qué significa *dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* De aquí sacamos que no tenía Cristo habitación propia. Oigan los que edifican casas espléndidas y extensos pórticos, cómo el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; por eso le dicen los discípulos: *¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* ¿Qué Pascua? La de los judíos, la que tuvo origen desde Egipto, porque allí la celebraron al principio. ¿Y por qué razón la celebra Cristo? Como cumplió todos los otros preceptos legales, quiso también cumplir éste. Por eso decía a San Juan: *Así conviene que cumplamos toda justicia.* (Mt. 3, 15). Por consiguiente, no nuestra Pascua, sino la de los judíos era la que querían preparar los discípulos. Y ellos la prepararon, en efecto, mientras que la nuestra la preparó el mismo Cristo, o mejor, él se convirtió en nuestra Pascua por su santa pasión. ¿Y por qué va a la pasión? Para redimirnos de la maldición de la ley. Por lo cual San Pablo clamaba: *Envió Dios a su Hijo nacido de mujer, sujeto a la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley* (Gal. 4, 4-5). Pues para que nadie dijera que la abrogó porque no la pudo cumplir, como cargosa, molesta y difícil, no la abrogó hasta haberla cumplido en toda su extensión. Por esto celebró también la Pascua: porque era para ellos precepto de la ley la fiesta de

la Pascua. Atiende. Eran los judíos ingratos a su bienhechor, y en seguida se olvidaban de él. Para que lo veas claro, considera: salieron de Egipto, atravesaron el mar Rojo, vieron dividirse las aguas y juntarse de nuevo; y, sin embargo, al poco tiempo dicen a Aarón: *Haznos dioses, que vayan delante de nosotros* (Ex. 32, 1). ¿Qué dices, oh ingrato judío? ¿Tantas maravillas como has visto, y ya te has olvidado de Dios que te alimenta, y ni siquiera haces mención de tu bienhechor? Ya, pues, que se olvidaban de sus beneficios, ligó Dios el recuerdo de sus dones al título de las festividades, para que de grado o por fuerza tuvieran continua memoria de ellos. Tal era la obligación que tenían: ¿por qué? *Para que cuando te preguntare tu hijo: ¿qué es esto?*, le respondas: Con la sangre de este cordero ungieron los umbrales de las puertas, y escaparon de la muerte que el exterminador dio a todos los egipcios, y por esta sangre no pudo acometerlos y herirlos. Ellos fueron sacrificados por fuerza; mas aquí Cristo se inmola voluntariamente. ¿Por qué? Porque aquella Pascua era figura de la espiritual. Y para que lo veas, mira cuanta es su mutua correspondencia. Allí había un cordero, y un cordero hay aquí; aquel era irracional, y este es racional; una oveja allí y aquí otra oveja; aquella era la sombra, y esta es la realidad; mas apareció el sol de justicia, y la sombra cesó; que cuando el sol brilla, se oculta la sombra. Por eso hay también un cordero en la mesa mística para que nos santifiquemos con su sangre. Por eso, llegado ya el sol, no brilla ya la lámpara; que lo pasado no fue sino figura de lo venidero.

V

Esto se lo digo a los judíos, no sea que engañándose a sí mismos, se imaginen que celebran la Pascua; porque con desvergonzado propósito se adelantan a recibir los ácimos y nos ponen delante su fiesta, ellos, los incircuncisos de corazón, y siempre duros y rebeldes para oír.

Respóndeme, judío: ¿cómo celebras la Pascua? El templo está arruinado, deshecho el altar, pisoteado el Sancta Sanctorum, todo sacrificio abrogado, ¿cómo, pues, te atreves a prevaricar? Fuiste en otro tiempo a Babilonia, oíste a los que os cautivaron, que os decían: *Cantandnos el cántico del Señor* (Sal. 136, 3), y no lo pudiste sufrir. Pues, ¿cómo ahora celebras la Pascua fuera de Jerusalén, tú que dijistes: *Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena* (Ib., v. 3)?

Esto nos declaraba el Santo David, cuando decía: *Sobre el río de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos; sobre los sauces de enmedio de él suspendimos nuestros instrumentos músicos* (Sal. 136, 1-2), es decir, el salterio, la citara y la lira, que eran los instrumentos de que usaban los antiguos, y a cuyo son cantaban los salmos. *Allí*, dice, *los que nos hicieron cautivos nos preguntaron la letra de nuestras canciones* (Ib., v. 3). Y dijimos: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena?* ¿Qué dices?, responde. ¿Conque no cantas el canto del Señor en tierra ajena, y celebras la Pascua en tierra ajena? ¿Ves la insensatez de los judíos? Cuando los obligaban los enemigos, ni un salmo querían cantar en tierra ajena; y ahora, ellos de suyo, sin obligarlos nadie, declaran guerra a Dios. Por esta razón, les decía San Esteban: *Siempre vosotros resistís al Espíritu Santo* (Hech. 7, 51). ¿Ves que impuros son los ácimos, y cuán ilegal es la fiesta de los judíos? Existía ante la Pascua judaica, pero ya desapareció.

VI

Entonces, dice (el Evangelio [Mt. 26, 26]), *Jesús mientras ellos comían y bebían, tomando un pan en sus santas e inmaculadas manos, dio gracias, y lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros y por muchos se divide para remisión de los pecados. Y tomando a su vez el cáliz, se lo dio a ellos, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros se derrama para remisión de los pecados* (Ibid., v. 27, 28). Y cuando esto decía el Señor, estaba presente Judas. Esta es ¡oh Judas! la sangre que vendiste en treinta monedas; esta es la sangre por la cual hace poco hacías tratos desvergonzados con los ingratos fariseos. ¡Oh grande benignidad de Cristo! ¡Oh ingratitud de Judas! ¡El Señor le alimentaba, y el siervo le vendía! El le vendió, si, recibiendo en precio treinta monedas, y Cristo derrama en precio de nuestro rescate su propia sangre, y se la entregó al mismo, que la vendió, si él lo hubiera querido. Estuvo, sí, presente Judas antes de la traición, y participó de la sagrada mesa, y gozó de la cena mística. Porque, como estuvo cuando el Señor lavó los pies, así también participó de la sagrada mesa Judas, para que no tuviera excusa alguna, sino que recibiera su propia condenación. Porque perseveró en su malvado propósito, y salido de allí, por medio de un beso llevo a cabo la traición, olvidado de sus beneficios, y después de la traición arrojó las treinta monedas, diciendo: *Pequé entregando*

sangre inocente. ¡Oh ceguedad! ¿Participaste de la cena, y vendes al bienhechor? Y el Señor, por su parte, cumplía de grado lo que de él estaba escrito: *Pero ¡ay de aquel por quien vino el escándalo* (Mt. 18, 7)!

* * *

Mas ya es tiempo de acercarnos a la venerada y tremenda mesa. Acerquémonos, pues, todos con pura conciencia; no haya aquí ningún Judas que arme fraudes a su prójimo, ningún malvado, ninguno que tenga veneno oculto en su corazón. También ahora está presente Cristo, que da realce a esta mesa, pues no es el hombre quien convierte la ofrenda en el cuerpo y sangre de Cristo. Sólo para llenar la representación está el sacerdote y ofrece la súplica; únicamente la gracia y virtud de Dios es la que todo lo obra. *Este es mi cuerpo*, dice (Mt., 26, 26). Estas palabras transforman la ofrenda. Y así como aquella voz que decía: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra* (Gen., 1, 28) era palabra y se convirtió en obra, y dio a la naturaleza humana el poder de criar hijos; así también estas palabras aumentan siempre la gracia de cuantos dignamente participan de ellas. No haya, pues, ningún fraudulento, ningún malvado, ninguno dado a la rapiña, ningún calumniador, ninguno que odie a sus hermanos, ningún avaro, ningún ebrio, ningún ambicioso, ningún sodomita, ningún envidioso, ninguno entregado a la lujuria, ningún ladrón, ningún insidioso, porque no reciba su propia condenación. Que también entonces Judas participó indignamente de la cena mística, y salido de allí entregó al Señor; para que aprendas que el demonio acomete principalmente a aquellos que participan indignamente de los sacramentos, y que ellos mismos se acarrean más grave suplicio. Digo esto, no tan sólo por atemorizaros, sino para afianzaros más. Porque así como el alimento corporal, si entra en un estómago lleno de malos humores, aumenta la enfermedad, así el alimento espiritual, cuando se le recibe indignamente, acarrea mayor condenación. Nadie, por consiguiente, os lo suplico, tenga dentro pensamientos malos; antes purifiquemos todos el corazón: que si somos puros, somos templos de Dios. Hagamos pura nuestra alma, que es posible hacerlo siquiera por un día. ¿De qué manera? Si tienes algo contra tu enemigo, arroja de ti la ira, desvanece la enemistad, para que recibas en la sagrada mesa la medicina del perdón. Te acercas a un sacrificio tremendo y santo; en él está inmolado Cristo. Pero piensa por causa de quién fue inmolado. ¡Oh, de qué misterio te

privaste, Judas! Cristo padeció voluntariamente, *para deshacer la pared intermedia del cercado* (Ef., 2, 14), y unir lo de abajo con lo de arriba, y hacerte partícipe de los ángeles a ti, su enemigo y adversario. ¿Conque Cristo dio su propia alma por ti, y tú guardas odio a tu consiervo? ¿Y cómo podrás acercarte a la mesa de la paz? Tu Señor no rehusó sufrirlo todo por ti, y tú ¿ni aún siquiera consientes en remitir la ira? ¿Por qué razón?, dime. La caridad es raíz, fuente y madre de todos los bienes. –Es que me causó, dirás, gravísimas molestias, me hizo innumerables injusticias, me puso ya en próximo peligro de muerte–. Y eso, ¿qué es? Aún no te crucificó, como al Señor los judíos. Si no perdonares al prójimo la injuria, tampoco tu Padre celestial te perdonará los pecados. ¿Y con qué conciencia dirás, *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombres*, y lo que sigue? Cristo, aún la sangre que ellos derramaron, la ofreció del mismo modo para salvación de los que la derramaban. ¿Qué puedes hacer tú comparable con esto? Si no perdonas al enemigo, a ti mismo te haces injusticia, no a él; porque a él muchas veces le dañas para la vida presente, a ti mismo te acarreas suplicio sin remisión para el tiempo venidero. Pues a nadie en tanto grado aborrece y rechaza Dios, como al hombre que se acuerda de las injurias, y al corazón entumecido, y al alma que conserva la inflamación de la ira. Oye, efectivamente, lo que dice el Señor: *Si presentas tu ofrenda sobre el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces llégate y ofrece tu don* (Mt. 5, 23-24). ¿Qué dices? ¿he de dejar allí el don o el sacrificio? Sí, responde; porque precisamente por la paz con tu hermano se ofrece el mismo sacrificio. Si, pues, el sacrificio se ofrece por la paz con tu prójimo y tu no guardas la paz, inútil es para ti esta participación de él sin el bien de la paz. Guarda, pues, primero aquello por lo cual se ofrece el sacrificio, que es la paz, y entonces gozarás de él como es debido. Que a esto vino al mundo el Hijo de Dios, a reconciliar con el Padre nuestra naturaleza, como lo dice San Pablo: *Ahora todo lo reconcilió consigo* (Col. 1, 22). *matando por medio de la cruz en si mismo la enemistad* (Ef. 1, 22). Por eso no se contentó con venir él solo a hacer la paz, sino que también a nosotros nos llama bienaventurados, si esto hacemos, y nos hace participantes de su propio nombre: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt. 5, 9).

Pues bien, lo que hizo Cristo, el Hijo de Dios, hazlo también tú, según tus fuerzas humanas, haciéndote conciliador de paces entre ti y

tu prójimo; por eso llama Hijo de Dios al pacífico; por eso al tiempo del sacrificio no hizo mención de ninguna otra manera de justicia, sino de la reconciliación con el hermano, manifestando así que la caridad es la mayor de las virtudes.

Bien quería yo, amados hijos, extender más el discurso, pero aún lo dicho basta para los que reciben con atención e inteligencia la semilla de la piedad y para los que quieren atender a lo que se dice. Recordemos, pues, siempre, os lo pido, estas palabras, y el abrazo digno de reverencial temor que mutuamente nos damos. Porque este abrazo enlaza nuestras almas, y hace que todos nos hagamos un mismo cuerpo y miembros de Cristo, porque de un mismo cuerpo participamos todos. Hagámonos, pues, verdaderamente un cuerpo, no con unión material, sino estrechando las almas mutuamente con el vínculo de la caridad. Que si esto hacemos, confiadamente podremos gozar de la mesa que tenemos preparada, y hacernos mansión donde habite la paz que Jesucristo alcanzó en su victoria. Puesto que aún cuando tengamos innumerables virtudes, si conserváremos memoria de las injurias, todo lo habremos hecho en vano y sin fruto, y nada nos valdrá para la salvación. Porque estando el Salvador para volver al Padre, en vez de gloria temporal y grandes riquezas, dejó esta herencia a sus discípulos, diciéndoles: *Mi paz os doy, mi paz os dejo.* (Jn 14, 27). ¿Qué riqueza, en efecto, qué abundancia de bienes puede ser más preciosa que la paz de Cristo, que supera a todo elogio y entendimiento? Bien sabía el profeta Malaquías cuán grave y atroz delito es lo contrario, y por eso decía, como por boca de Dios: *Pueblo mío, hablad verdad cada uno con su prójimo, y nadie recuerde en su corazón maldad contra su prójimo, y no améis el juramento mentiroso, y no moriréis no, casa de Israel, dice el Señor* (Zac. 8, 16-17). De modo que si habéis de ser mentirosos, aborrecedores, perjuros, olvidándose de mis preceptos, ciertamente moriréis.

Ya, pues, que sabemos todo esto, amados hijos, deshagamos toda ira, guardemos la paz mutua, y arrancando la raíz del mal y purificando nuestra conciencia, acerquémonos con mansedumbre, con modestia, con mucha piedad a la participación de estos venerados y tremendos misterios, no empujándonos e hiriéndonos, ni haciendo estrépito y dando clamores, sino con mucho temor y temblor, con compunción y lágrimas, para que también el benigno Señor, mirando desde arriba nuestro estado de paz mutua, y nuestro amor no fingido, y nuestra unión fraternal, se digne concedernos a todos, tanto estos bienes como

los demás prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre juntamente con el Espíritu Santo gloria, imperio y honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE EL CEMENTERIO Y LA CRUZ

Título: HOMILIA SOBRE EL NOMBRE DE CEMENTERIO Y SOBRE LA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR Y DIOS Y SALVADOR JESUCRISTO

Esta homilía fue pronunciada el Viernes Santo del año, probablemente 392, en una iglesia fuera de la ciudad de Antioquía, donde estaba también el cementerio; y como en él conservaban los cuerpos de algunos mártires, le llama el Santo orador *martirio o lugar de mártires*. Tenían en Antioquía la costumbre de celebrar en este sitio el oficio del Viernes Santo, y de esta circunstancia se vale San Juan Crisóstomo para empezar su homilía.

He aquí un breve comprendio de las ideas principales.

I. ¿Por qué nos reunimos hoy fuera de la ciudad? –Para recordar cómo Cristo fue muerto fuera de la ciudad. ¿Por qué en este lugar y no en otro?– Porque aquí reposan los cuerpos de muchos mártires y fieles difuntos. Por el nombre mismo de cementerio, *lugar de reposo*, recordamos el triunfo que Cristo obtuvo de la muerte, pues ya más bien que muerte es sueño y reposo.

II. Hoy ha logrado Cristo ilustre victoria sobre la muerte y el infierno. (Hermosa explicación del texto: *quebrantó las puertas de bronce)*. El fruto fue sacar a las almas que estaban cautivadas del demonio y llevarlas consigo.

III. No fue menos admirable la manera de vencer. De los mismos medios de que se valió el demonio para vencernos se sirvió Cristo para derrotarle, que fueron: *el leño, la mujer y la muerte*.

IV. Esta victoria se llevó a cabo sin trabajo de nuestra parte. Afectos varios, por enumeración, en honra de la Santa Cruz. Recuerda después el Santo orador cómo con la muerte de Cristo, aunque se quebrantaron las piedras, no se quebrantaron los corazones de los judíos, y cómo el rasgarse el velo significada la soledad en que había de quedar el templo de los judíos en castigo de su ceguedad y dureza voluntaria.

V. Ya que también nosotros venimos a ver a Cristo enclavado en la cruz, acerquémonos con mucha reverencia. Los ángeles miraron con respeto aun el sepulcro vacío de Cristo: ¡qué respeto deberemos tener nosotros mirándole en el altar! Síguese una viva reprensión de los abusos y de la falta de respeto. Les pone delante cuán mal obran en perder en un instante, por la falta de reverencia, el fruto que con tantas preparaciones trataban de alcanzar, y después de exponer como Dios quiere que sean como águilas, y hacer ver la desvergüenza con que muchos se acercan, termina poniendo delante la dignidad de la preciosísima Sangre de Cristo y lo glorioso de la victoria y trofeo de la cruz.

I

Muchas veces me he preguntado qué razón tuvieron nuestros mayores para ordenar que dejando las casas de oración de las ciudades, nos reuniésemos hoy fuera de la ciudad y en este lugar. Porque no creo que lo hicieran sin razón y sin motivo suficiente; por lo cual he indagado la causa, y la he hallado, con la gracia de Dios, justa, satisfactoria y muy a propósito para la presente festividad. –Y ¿cuál es la causa? Hacemos conmemoración de la cruz, y como el crucificado fue muerto fuera de la ciudad, he aquí por qué nos hicieron salir también a nosotros fuera de ella. Puesto que al pastor le siguen sus ovejas, donde está el rey allí están los soldados, *y donde está el cuerpo allí están las águilas* (Mt. 24, 28). Esta es, pues, la razón de reunirnos fuera de la ciudad; más aún, voy ahora a demostraros que esta es la razón, aun atendidas las Sagradas Escrituras. En efecto, para que no penséis que esta es conjetura mía, a San Pablo os presento por testigo. ¿Qué es lo que él dice sobre los sacrificios (Heb. 13, 11)? *Los animales, cuya sangre lleva al Sancta por los pecados el pontífice, son quemados fuera del campamento. Por esto también Jesús para santificar al pueblo con su propia sangre padeció fuera de la ciudad. Ea, pues, salgamos en pos de él fuera de los campamentos, llevando su improperio.* Lo dijo, lo mandó San Pablo; le hemos obedecido, hemos salido fuera. Por esto, pues, nos reunimos fuera. Y ¿por qué razón *en este lugar de mártires* (santuario-relicario) y no en otro ya que, gracias a Dios, nuestra ciudad está por todos sus costados amurallada con las reliquias de los santos? ¿Por qué, pues, nuestros antepasados quisieron que aquí y no en otro relicario de mártires nos reuniéramos? Porque aquí reposa gran muchedumbre de muertos. Y como hoy descendió Jesús a los muertos, por esta razón nos reunimos en este lugar; el cual tiene el nombre de cementerio (sitio de reposo) para que entiendas que los que terminaron su vida y están aquí depositados no están muertos, sino que reposan y duermen. Antes de la venida de Cristo la muerte se llamaba muerte: *En el día,* dice, *en que comieres del árbol, morirás muerte* (Gen. 2, 17), y otra vez: *El alma que peca, esa precisamente morirá* (Ez. 18, 20). Y David: *La muerte de los pecadores es mala* (Sal. 23, 22), y de nuevo: *Hermosa es ante el Señor la muerte de los Santos* (Sal. 115, 15), y Job: *La muerte es para el hombre descanso* (Job. 3, 23 y 17, 16). Ni se llamaba tan solamente muerte, sino también infiero. Oye a David que dice: *Con todo, Dios*

redimirá mi alma de las manos del infierno cuando me reciba (Sal. 48, 16). Y Job: *Conduciréis mi vejez con gran tristeza al infierno* (Gen. 42, 38).

Estos nombres tenía nuestro fin antes de ahora. Pero una vez que vino Cristo y murió por la vida del mundo, ya la muerte no se llama muerte, sino sueño y reposo. Y que se llama reposo, claramente se echa de ver en estas palabras de Cristo: *Nuestro amigo Lázaro está en reposo* (Jn. 11, 11). No dijo "está muerto", por más que así fuera. Y para que entiendas cómo el nombre de sueño o reposo era extraño, mira cómo al oírlo se turban los discípulos y dicen: *señor, si está dormido, será salvo* (Jn, 11, 12); tan lejos estuvieron de entender lo que significaba aquella frase. Y de nuevo San Pablo, dirigiéndose a unos, dice: *¿Acaso los que durmieron perecieron* (1 Cor. 15, 18)? Y en otra parte, hablando de los difuntos, dice: *Nosotros los vivos nos anticiparemos a los que ya reposaron* (1 Tes. 15, 15). Y de nuevo en otra parte: *Levántate, tú que duermes* (Ef. 5, 14). Y para demostrar que dice esto de los muertos, añadió: *Y resucita de entre los muertos.* Mira cómo dondequiera se llama sueño a la muerte; y he aquí la razón por qué también este sitio se llama cementerio (lugar de reposo, dormitorio): nombre que verdaderamente nos es provechoso, y está lleno de mucha filosofía. Cuando, pues, traes aquí a un muerto no te cause quebranto, puesto que no le traes a la muerte, sino al reposo. Este solo nombre te basta para consuelo de tu infortunio. Considera adonde lo traes, al lugar de reposo; y cuándo los traes, –después de la muerte de Cristo, cuando ya están cortados los nervios de la muerte. De modo que bien consideréis el lugar, bien la ocasión, es muy grande el consuelo que podéis recibir. Para las mujeres, sobre todo, es más acomodado este discurso, porque es su natural más impresionable y caen más fácilmente en desaliento. Basta, sin embargo, por todo remedio el nombre de este sitio.– Ya veis, pues, por qué nos reunimos aquí.

II

Hoy recorrió nuestro Señor todos los recintos del infierno; hoy *quebrantó sus puertas de bronce*; hoy *despedazó sus cerraduras de hierro* (Sal. 106, 16; Is. 45, 2). Atiende a lo expresivo de la palabra. No dijo, abrió las puertas de bronce, sino, quebrantó las puertas de bronce, para inutilizar la cárcel misma. No quitó los cerrojos, sino que los deshizo, para hacer impotente la cárcel. Porque donde no hay ni

puerta ni cerrojo, quienquiera que entre no puede ser retenido. Una vez, pues, que Cristo la rompió, ¿quien la podría recomponer? Porque lo que Dios derribare, ¿quién lo podrá levantar? De muy distinta manera obran los reyes cuando quieren dar libertad a los cautivos; pues envían sus documentos reales para este fin, pero dejan en la cárcel, como antes, las puertas y los guardas, dando a entender que es preciso vuelvan a entrar allí, o los que han sido libertados, o bien otros en su lugar. Pero no así Jesucristo; antes queriendo demostrar que ya le llegó su fin a la muerte, quebrantó sus puertas de bronce. Y las llamó de bronce, no porque en realidad fueran de bronce, sino para indicarnos lo cruel e inexorable de la muerte.

Y para que veas como en la Escritura tanto el bronce como el hierro significan lo rígido y lo inflexible, oye lo que dice a un impudente: *Son tus nervios de hierro, tu cerviz y tu frente de bronce* (Is. 48, 4). Y decía así no porque tenía un rostro implacable, desvergonzado y cruel. ¿Quieres saber cómo era la muerte implacable, inflexible, y dura como el mismo diamante? En tan largo tiempo como reinó, nadie la pudo persuadir a que soltara a ninguno de sus cautivos, hasta que bajó el Señor de los ángeles y la obligó. Porque, en primer lugar, ató (a la esforzada) su fortaleza, y entonces le arrebató sus riquezas; por eso añadió: *Sus tesoros, sombríos, invisibles* (Is. 45, 3). Sentencia es ésta sencilla pero de doble sentido; porque hay sitios sombríos, pero que muchas veces se pueden ver, introduciendo lámparas y luces; mas aquella región del infierno era muy caliginosa y desapacible, ni había jamás admitido en sí la naturaleza de la luz; por eso la llamó sombría e invisible. Y verdaderamente, era sombría hasta que bajó allá el Sol de Justicia, y resplandeció, y convirtió el infierno en cielo; porque donde está Cristo, allí está el cielo. ¡Y con cuánta razón llama al infierno tesoros sombríos! En él estaban depositadas muchísimas riquezas; puesto que toda la naturaleza de los hombres, que son riqueza de Dios, había sido saqueada por el demonio que engañó al primer hombre, y subyugaba a la muerte. Bien demuestra San Pablo cómo toda la naturaleza de los hombres era hacienda de Dios, al decir: *Rico para todos y sobre todos los que le invocan* (Rom. 10, 2). Así, pues, como un rey, cuando da con un cabecilla de ladrones que recorría las ciudades y arrebataba de donde podía, y se metía en escondrijos para depositar allí el dinero, le echa cadenas y le entrega al suplicio, pero el dinero lo traspasa al real erario, así también Cristo, al capitán de ladrones y guarda de cautivos, al demonio y a la

muerte, los encadenó con su propia muerte; pero toda su riqueza, la naturaleza humana, la trasladó al erario real. Esto nos demuestra también San Pablo al decir: *Nos redimió de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amor* (I Col. 1, 13).

Pero lo verdaderamente admirable, es que bajó a hacerlo el mismo rey en persona; porque ningún rey se dignaría jamás de hacer tal obra; antes suelen soltar a los cautivos por medio de sus ministros. Pero aquí, no tal, antes bien, el mismo rey descendió adonde estaban sus cautivos, y no se desdeñó de la cárcel ni de los presos; pues no iba a desdeñarse de aquel a quien crió; y rompió las puertas, quebrantó los cerrojos, presentóse en el infierno, dejó desiertas todas sus cárceles, y cogiendo y atando el alcaide, volvió después a nosotros. Veíase conducir, a su pesar, el tirano cautivo, el poderoso encadenado. La misma muerte, arrojadas sus armas, corrió desnuda a postrarse a los pies de su rey. ¿Has visto qué victoria tan admirable? ¿Has visto qué prodigios los de la cruz?

III

¿Quieres que te diga otra coas todavía más admirable? Mira el modo cómo venció, y todavía te causará más asombro. En efecto; por los medios porque venció al demonio, por esos mismos le superó Cristo, y arrebatándole sus mismas armas, con ellas le derrotó; y, ¿cómo?, óyelo. Una virgen, un leño y la muerte, eran los símbolos de nuestra derrota. La virgen era Eva; porque aún no había conocido varón; el leño era el árbol, y la muerte era la pena de Adán. Más he aquí como a su vez estos tres símbolos de nuestra derrota, la virgen, el leño y la muerte, se convierten en símbolo de nuestra victoria. Porque en vez de Eva, viene María; en vez del leño de la ciencia del bien y del mal, el leño de la cruz; en vez de la muerte de Adán, la muerte de Cristo. ¿No ves cómo por donde triunfó, por ahí fue derrotado? En el árbol venció el demonio a Adán; en la cruz derrotó Cristo al demonio; el primer leño arrojaba al infierno; el segundo, aun a los que habían bajado, los sacaba de él. Y más, el primer leño ocultó al hombre desnudo y triunfador. Y la primera muerte condenaba a los hombres que vinieran después de ella; mas la segunda muerte, resucitó aun a los que habían nacido antes de ella. *¿Quién celebrará el múltiple poder del Señor* (Sal. 105, 2)? Por la muerte nos hemos convertido en inmortales; éstos son los prodigios de la cruz. ¿Has comprendido la victoria? ¿Has comprendido la manera cómo venció?

IV

Pues mira también cómo esta obra se llevó a cabo sin trabajo por nuestra parte. No tuvimos nosotros que ensangrentar las armas, no nos pusimos en las filas de la batalla, no recibimos heridas, no vimos la guerra, y alcanzamos la victoria; del Señor fue la lucha, nuestra la corona.

Una vez, pues, que fue también es nuestra la victoria, cantemos hoy en alta voz, como los soldados, el cántico de nuestro triunfo; entonemos este himno al Señor: *Ha sido absorbida la muerte por esta victoria; ¿dónde está ¡oh muerte! tu victoria?, ¿dónde ¡oh muerte! tu aguijón* (Os. 13, 14: 1 Cor. 15, 54-55)? Todo esto nos consiguió la cruz; la cruz, trofeo de la derrota del demonio, espada contra el pecado, lanza con que traspasó Cristo a la serpiente. La cruz es la voluntad del Padre, la gloria del Unigénito, el regocijo del Espíritu Santo, el adorno de los ángeles, la seguridad de la Iglesia, la jactancia de Pablo, el muro de los santos, la lumbrera de toda la tierra. Porque así como cuando una casa está sumida en oscuridad, quien enciende una luz y la levanta en alto, ahuyenta las sombras, así también cuando estaba la tierra ocupada por las tinieblas, alzó Cristo en alto la cruz como una luz encendida, y disipó todas las tinieblas de la tierra. Y así como una lumbrera tiene la luz a la cabeza, en la parte superior, así también la cruz tenía resplandeciendo en su cabeza y parte superior al Sol de la Justicia. Y viéndole allí enclavado, estremecióse el mundo, conmovióse la tierra y quebrantáronse los peñascos, más no se quebrantó la insensibilidad de los judíos; rásgose el velo, mas no se rasgó su perversa unión de voluntades. ¿Por qué se rasgó el velo? Porque no podía el templo ver al Señor crucificado, y con lo que sucedió en su velo nos dice, aunque no con palabras: *Pisotee ya quienquiera el Sancta Sanctorum; porque ¿qué provecho obtengo de el, una vez de ofrecida fuera de aquí tal víctima? ¿qué provecho obtengo del testamento? ¿qué provecho obtengo de la ley? En vano y sin fruto he instruido a estos por tanto tiempo.* Estos clamores daba también el profeta, al decir: *¿Por qué bramaron las naciones, y los pueblos meditaron vaciedades* (Sal. 21)? Ya habían oído: *fue llevado como oveja al matadero, y calló como cordero delante de quien le trasquila* (Is. 55, 7). Y con haber meditado durante tanto tiempo la profecía, estando presente la realidad, no la creyeron. ¿No has visto cómo meditaron vaciedades? Por esto se rasga el velo del templo, dando a entender la soledad que después de esto había de tener para siempre.

V

Y puesto que también nosotros vamos a ver esta tarde a Cristo clavado en la cruz, como cordero muerto y ofrecido en sacrificio, acerquémonos con temblor, acerquémonos, digo, con mucho respeto y veneración. ¿No sabéis cómo los ángeles estuvieron junto al sepulcro, cuando ya este no poseía el tesoro de su cuerpo? Y sin embargo, por el mero hecho de haber guardado el cuerpo del Señor, tienen aun al lugar mucho respeto. ¿Conque los ángeles que sobrepujan a nuestra naturaleza asisten al sepulcro con tanta reverencia y veneración; y nosotros, que vamos a asistir no ya al sepulcro, sino al mismo altar (mesa sagrada) que contiene al Cordero, nos llegamos a él con turbación y desorden? ¿Y qué perdón se nos podrá conceder en adelante? No lo digo sólo por decirlo, sino que como veo a muchos esta tarde excitando desorden, lanzando clamores, empujándose mutuamente, dando saltos, diciéndose afrentas, y ganando más bien castigo que la salvación de su alma, no puedo menos que dirigiros esta exhortación. ¿Qué estás haciendo, hombre? Cuando está delante del ara el sacerdote extendiendo sus manos al cielo, invocando al Espíritu Santo para que descienda y toque las ofertas, guardas mucho reposo, mucho silencio; y cuando concede su gracia el Espíritu Santo, cuando ha bajado ya, cuando ha tocado las ofrendas, cuando ves a la oveja ya muerta y consumado el sacrificio, ¿entonces tumulto, entonces turbación, entonces rencillas, entonces injurias? Y ¿cómo podrás gozar de esta hostia, acercándote a tal mesa con tanta turbación? ¿No nos basta el llegar con pecados, sino que además, no dejamos pasar sin cometer nuevas culpas la misma ocasión de acercarnos? Porque cuando suscitamos rencillas, cuando causamos desorden, cuando mordemos a los prójimos, ¿cómo podremos estar libres de culpa? ¿Por qué te apresuras, díme? ¿Por qué te precipitas viendo a la oveja ya sacrificada? Aun cuando se pudiera estar mirando a este sacrificio durante toda la noche, díme, ¿causaría fastidio esta acción? Todo el día has aguantado, has pasado en espera la mayor parte de la noche, y ¿quieres destruir y echar a perder tanto trabajo en un momento de tiempo? Piensa cual es la víctima ofrecida, y cuál es la causa de que se ofrezca: ha sido sacrificada por ti. ¿Y tú la abandonas precisamente cuando la ves sacrificada? *donde está el cuerpo*, dice, *allí también están las águilas* (Mt. 24, 28). Mas nosotros nos acercamos, no como águilas, sino como perros; tanta es nuestra desvergüenza. Piensa que es lo que

en el sacrificio se derramó. Sangre es, sangre, que borró la escritura de nuestros pecados; sangre, que purificó tu alma, que lavó tu afrenta, que triunfó de los principados y potestades. *Porque despojado,* dice, *expuso a público escarnio a los principados y potestades con libertad triunfante en la cruz* (Col. 11, 15).

Muchos son, dice, los símbolos de victoria que tiene ese trofeo: los despojos están suspendidos, arriba en lo alto de la cruz. Porque así como un rey magnánimo, cuando ha logrado ganar una guerra dificilísima, coloca en lo alto del trofeo el peto y el escudo y las armas del tirano y de los soldados vencidos, así también Cristo, habiendo triunfado en la guerra contra el demonio, cogió todas sus armas, que eran la muerte y la maldición, y las colgó de lo alto de la cruz como de un trofeo, a fin de que todos las contemplaran, las potestades que habitan en lo alto del cielo, los hombres que viven en lo bajo de la tierra, y los mismos perversos demonios derrotados. Ya, pues, que hemos podido gozar de tan grande don, mostrémonos, en cuanto podamos, dignos de los bienes que se nos han otorgado, para que alcancemos también el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria, honra y poder al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA HOMILIA SOBRE LA CRUZ Y EL BUEN LADRON

Lo mismo que se dijo de las dos preciosas homilías sobre la traición de Judas se ha de decir con respecto a las dos no menos preciosas sobre la cruz y el buen ladrón; pero con la diferencia de que aquí es más difícil averiguar cual de las dos pertenece a anterior época. Muy poco se diferencian una de otra.

La segunda, cuya traducción ofrecemos, comprende estas ideas principales.

I. Sublime exordio; nótese la grandeza, y al mismo tiempo la encantadora sencillez de la primera frase. Nos debemos alegrar por los bienes que nos trajo Jesucristo enclavado en la cruz. Elogios de la cruz: hermosa amplificación. Testimonios de San Pablo sobre el sacrificio ofrecido en la cruz por N. S. Jesucristo.

II. Por qué padeció Jesús fuera de la ciudad y fuera del templo de los judíos: 1) para purificar toda la tierra; 2) para demostrar que la víctima no pertenecía solamente a los judíos, y convertida toda la tierra en templo.

III. 1) ¿Por qué prometió en la cruz el paraíso? Para hacer ostentación de su poder. Amplifica como, en efecto, en esta obra se manifestó el poder de Cristo. 2) Benignidad del mismo Señor en prometer al ladrón el paraíso. 3) Laudable conducta del ladrón: a) por comparación con los Apóstoles y con su compañero en el suplicio; b) por las palabras con que reprende al mal ladrón, y reconoce sus culpas propias, y proclama la inocencia del Señor, y le pide se acuerde de él en su reino.

IV. Pondera cómo la cruz es símbolo del Reino de Jesucristo. En el día del juicio vendrá Cristo con la cruz y los que le crucificaron habrán de reconocer, mal que les pese, su propia culpa, viendo en la cruz el evidente testimonio de la benignidad de Dios.

V. Cómo Jesucristo en la cruz rogó por sus enemigos. Cómo imitaron a Jesucristo San Esteban y San Pablo, y cómo también perdonaron a sus enemigos, aun en el Antiguo Testamento, Moisés, David y Samuel. Exhortación a perdonar las injurias.

I

Hoy celebramos fiesta reunidos, amadísimos (oyentes), porque Nuestro Señor está sobre la cruz, traspasado con clavos. Y no te extrañes de que en suceso tan lúgubre estemos de fiesta; porque propio es de todas las cosas espirituales el ser contrarias a las costumbres

humanas. Y para que te fijes bien en esto, mira que la cruz fue antes nombre de condenación y suplicio, mas ahora es cosa gloriosa y deseable; la cruz era antes objeto de oprobio y de castigo, mas ahora es ocasión de honor y de gloria. Y que la cruz sea gloria, mira cómo lo dice Cristo: *Padre, glorifícame con la gloria que tuve delante de ti, antes de que el mundo existiera* (Jn. 17, 5). Donde llama gloria a la cruz. La cruz es el origen de nuestra salvación; la cruz es la causa de innumerables bienes. Por ella, nosotros, antes deshonrados y abyectos, ahora hemos sido recibidos en el número de los hijos; por ella ya no andamos errantes, sino que conocemos la verdad, por ella, los que antes adorábamos troncos y piedras, ahora conocemos al Criador de todas las cosas; por ella, los esclavos del pecado hemos sido elevados a la libertad de la justicia; por ella, la tierra está ya convertida en cielo. Ella nos libró del error; ella nos condujo a la verdad; ella hizo la reconciliación de Dios con los hombres; ella, sacándonos del abismo de la maldad, nos remontó a la misma cumbre de la virtud; ella extinguió el engaño del demonio; ella destruyó por completo el error. Por ella ya no vemos el humo y olor de las víctimas, ni el derramamiento de sangre de animales, sino en todas partes sacrificios espirituales, himnos y oraciones; por ella huyen los demonios; por ella es ahuyentado Satanás; por ella la naturaleza humana compite con la vida angélica; por ella habita en la tierra la virginidad. Porque desde que apareció el nacido de una Virgen, aprendió la naturaleza humana el camino de esta virtud. Ella nos iluminó cuando yacíamos entre las sombras; ella nos trajo la paz cuando estábamos derrotados; ella nos atrajo cerca cuando estábamos lejos; ella nos hizo domésticos cuando estábamos en tierra extraña; ella nos hizo ciudadanos del cielo cuando éramos peregrinos; ella nos quitó la guerra; ella nos dio la seguridad de la paz. Por ella no tememos ya las inflamadas sectas del demonio, pues hemos hallado la fuente de la vida; por ella no estamos en viudez, porque hemos recobrado al Esposo; por ella no tememos al lobo, porque hemos conocido al Buen Pastor, pues *Yo,* dice, *soy el buen Pastor* (Jn. 10, 11); por ella no temblamos del tirano, porque hemos acudido a nuestro Rey. ¿Ves de cuántos bienes nos es causa la Cruz? Con razón, pues, celebramos fiesta. Así nos exhorta a celebrar fiesta también S. Pablo, diciéndonos: *De modo que celebremos fiesta, no en fermento viejo, ni en fermento de malicia y perversidad, sino en ácimos de sinceridad y verdad* (1 Cor. 5, 8). Y ¿por qué razón, oh santo Apóstol, nos mandas hacer fiesta? Dinos la causa: *Porque ha*

sido inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo Dios (Ibid., 7). ¿Ves cómo la cruz es fiesta para nosotros? ¿No entiendes cómo nos manda celebrar fiesta por la cruz? Porque en la cruz fue sacrificado, y donde está el sacrificio, allí está la remisión de los pecados y la reconciliación del Señor, allí la fiesta y regocijo. *Ha sido,* dice, *inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo.* ¿Dónde ha sido inmolada?, díme. Sobre una elevada cruz. ¡Nuevo y extraño altar, como nueva y desusada es la víctima! Porque El mismo es la víctima y el sacerdote; víctima, en cuanto a la carne; sacerdote, en cuanto al espíritu. El mismo ofrecía y era ofrecido. Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Porque todo Pontífice escogido de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres en las cosas que se dirigen a Dios* (Heb. 5, 1, y 8, 3). Por consiguiente, es preciso que también Cristo tenga algo que ofrecer. En efecto, a si mismo se ofrece. Y en otra parte dice de nuevo San Pablo: *Así también Cristo fue ofrecido una vez para destruir los pecados de muchos* (Heb. 9, 28). Mira cómo aquí fue ofrecido, y allí se ofreció a si mismo. ¿Ves cómo se hizo víctima y sacerdote, y cómo el altar era la cruz?

Pero es preciso ver por qué razón esta víctima no se ofrece en el templo, al templo judaico me refiero, sino fuera de la ciudad fuera de las murallas. Porque fuera de la ciudad fue crucificado, como reo condenado a muerte, para que se cumpliera lo que había dicho el Profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12).

II

¿Por qué razón, pues, fue muerto fuera de la ciudad, en sitio elevado y no bajo techo? No sin justísima razón, sino para que purificase la naturaleza del aire; por esta causa fue también inmolado en alto y sin techo que le cubriera, para que, siendo sacrificado en alto el Cordero, fuera purificada toda la atmósfera. Quedó, pues, purificada la atmósfera; quedó purificada también la tierra. Porque destiló la sangre del costado a la tierra y purificó todas sus manchas. He aquí, pues, la razón por qué no es ofrecida la víctima bajo techado. Pero, ¿por qué no es ofrecida en el mismo templo judaico? a fin de que los judíos no se apropiaran la víctima, para que no creyeras que se ofrecía sólo por aquella nación; por esto fue sacrificada fuera de la ciudad, fuera de las murallas, para que entendieras que la oblación se hacía por toda la tierra y que era la expiación común de todo nuestro linaje.

Porque si a los judíos mandó Dios prescindir de toda la tierra y ofrecer el sacrificio en un sólo lugar, hacer oración en un solo lugar, esto no era sino porque entonces toda la tierra estaba contaminada por el humo y olor y sangre de los sacrificios idolátricos y con otras abominaciones gentílicas; esta es la razón por qué les señaló un sitio fijo. Mas cuando llegó Cristo y padeció fuera de la ciudad, purificó toda la tierra e hizo propicio para la oración todo lugar. ¿Quieres ver cómo ya toda la tierra se convirtió en templo y todo lugar en sitio de oración? Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Elevando en todo lugar las manos puras sin ira ni rencillas* (1 Tim. 2, 8). ¿Has visto cómo purificó la tierra? ¿Has visto cómo en todas partes podemos elevar las manos puras? Porque toda la tierra en adelante quedó santa, y aún más santa que lo santo de los judíos. ¿Cómo así? Porque allí se ofrecía el cordero irracional y aquí el espiritual. Por consiguiente, cuanto supera el racional al irracional, tanto más excelente es aquí también la santificación. Con razón, pues, es fiesta para nosotros la cruz.

III

¿Quieres ver otra obra magnífica, que sobreexcede a todo humano pensamiento? Hoy nos abrió el paraíso cerrado, porque hoy introdujo en él al ladrón. Dos obras magníficas: abrió el paraíso, e introdujo en él al ladrón; devolvióle su antigua patria, restituyóle a la ciudad paterna.

Hoy, dice, *estarás conmigo en el Paraíso* (Lc. 23, 43). ¿Qué es lo que dices? ¿Estás puesto en la cruz y sujeto en ella con clavos y prometes el paraíso? Y ¿cómo puedes dar cosas tan grandes? Porque, en efecto, San Pablo, dice: *Fue crucificado por debilidad.* Mas oye lo que añade: *Pero vive por virtud de Dios* (2 Cor. 13, 14). Y de nuevo, en otra parte: *Mi virtud se perfecciona en la debilidad* (2 Cor. 12, 19). Por esta razón, dice, hago en la cruz esta promesa, para que entiendas mi poder. Porque siendo, como es, la cruz cosa muy desagradable, para que no quedes abatido y cabizbajo mirando a lo que es de suyo, sino que, atendiendo al poder del crucificado, seas animoso y resuelto, te muestra en ella su virtud.

Porque, en efecto, logró atraer a si el ánimo perverso del ladrón, no resucitando a un muerto, no imperando al mar, no increpando a los demonios, sino crucificado, enclavado, injuriado, escupido, afrentado, burlado, hecho el escarnio de todos. Mira cómo resplandece su poder

por dos títulos. Hizo se estremeciera la creación, rompió las peñas, y el alma del ladrón, más dura que una peña, la convirtió en más blanda que la cera. *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* ¿Qué es lo que dices? Conque los querubines con espada de fuego guardan el paraíso ¿y tú prometes la entrada en él al ladrón? Sí, dice. Porque yo soy Señor de los querubines y tengo potestad sobre el fuego y el infierno, sobre la vida y la muerte. Por eso dice: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Si aquellas potestades ven al Señor, al punto ceden y se retiran.

Ahora bien; ¿qué rey consentiría jamás en llevar a la ciudad, sentado junto a sí, a un ladrón, o a ningún otro de sus siervos? y sin embargo, esto hizo nuestro benigno Señor. Pues al entrar en la sagrada patria, introduce consigo al ladrón, y no deshonra, ni mucho menos, el paraíso con los pies del ladrón, sino que, al contrario, lo honra más. Porque honra es del paraíso el tener semejante Señor, tan poderoso y tan benigno, que puede aun al ladrón hacerle digno del gozo del paraíso. Que tampoco cuando llamaba a su reino los publicanos y las pecadoras lo deshonraba, antes lo honraba mucho más, y demostraba que es de tal condición el Señor del reino de los cielos, que aun a las pecadoras y publicanos hace honrados y dignos de gozara de su gloria y galardón. Así, pues, como admiramos a un médico, cuando vemos que a hombres sujetos a incurables enfermedades los libra de ellas y les restablece completamente la salud, admírate del mismo modo de Cristo, amado (oyente), y llénate de estupor al ver que a hombres sujetos a incurables enfermedades del alma los puede librar de su maldad, y hacer dignos del reino de los cielos a los que habían llegado al colmo de la malicia.

Hoy estarás comigo en el paraíso. Grande honor, inmensa grandeza de benignidad, indecible exceso de bondad, porque mayor honra que la de entrar en el paraíso, es el entrar con el mismo Señor. ¿Qué es esto, decidme? ¿Qué título ha manifestado el ladrón para que repentinamente sea tenido por digno del paraíso desde la cruz? ¿Quieres que te diga brevemente y te haga ver la probidad y reconocimiento del ladrón? Cuando abajo negaba Pedro, príncipe de los discípulos, arriba, en la cruz, él le confesó.

Y no he dicho esto por reprender a Pedro, ¡lejos de mí! sino por demostrar la magnanimidad del ladrón y su virtud extraordinaria. Aquel no resistió a la amenaza de una despreciable doncella; mas este, viendo a todo el pueblo ante si, de pie, dando voces, y lanzando mil afrentas al crucificado, no atendió a la injuria del crucificado, sino

que, pasando por alto todo esto con los ojos de la fe, y dejando abajo todo lo despreciable que le podía estorbar, reconoció al Señor de los cielos, diciendo aquellas breves palabras que le hicieron parecer dignos del paraíso: *Acuérdate de mi en tu reino* (Lc. 23, 42). No pasemos de ligero esta sentencia, ni nos avergoncemos de tomar por maestro al ladrón, a quien el Señor nuestro no se avergonzó de introducir el primero en el paraíso, no nos avergoncemos de tomar por maestro a un hombre, que antes de todo el humano linaje, apareció digno de la vida del paraíso. Examinemos, pues, cada una de las palabras, para que también por aquí entendamos el poder de la cruz. Porque no le dijo el Señor como a Pedro y Andrés: *Venid y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), ni le dijo, como a los doce discípulos: *Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel* (Mt. 19, 28); antes, ni una sola palabra se dignó dirigirle. No vio tampoco milagros, ni muerto alguno resucitado, ni a los demonios lanzados, ni el mar obedeciendo a su imperio, ni habló con él sobre el reino; y ¿de dónde había de saber aun el nombre del reino? Y con todo, veamos, cuánta fue su inteligencia.

Insultaba a Cristo, dice el texto, *el otro ladrón*; porque había otro ladrón crucificado también con ellos, para que se cumpliese la sentencia del profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12). Porque deseaban los judíos ingratos deshacer aun su honra, y por todas partes le insultaban con cuantas cosas hacían con él; pero, precisamente por ellas mismas, crecía más y más la verdad, y por los mismos obstáculos se hacía cada vez más resplandeciente.

Insultábale, pues, el otro ladrón, y uno de los Evangelistas dice (Mc. 15, 32) que ambos insultaban a Jesús; (y ello es así, y esto es precisamente lo que más esfuerza la probidad del buen ladrón: porque es natural que le insultara al principio) pero de súbito dio muestras de haberse convertido: *Insultábale, pues* dice, *el otro ladrón.* ¿Ves la diferencia de un ladrón y del otro ladrón? Ambos en la cruz, ambos por su maldad, ambos por su vida de robos, mas no están ambos en la misma disposición; antes, el uno se hace heredero del reino; el otro es lanzado al infierno. Así sucedió ayer entre el discípulo [25] y los discípulos el uno se disponía para la traición, los otros se preparaban para el sagrado ministerio; aquel decía a los fariseos: *¿Qué me queréis dar y yo os le entregaré* (Mt. 26, 15-16)? Mas estos se adelantaron a Jesús, diciéndole: *¿Dónde quieres que te preparemos lugar para comer la Pascua* (Mt. 26, 17)?

Tal es la diferencia que hay aquí entre ladrón y ladrón: uno le insulta, otro hace callar al injuriador; uno blasfema, otro reprende al blasfemo; y esto, viendo al Señor crucificado, condenado y debajo al pueblo insultándole, dando grandes voces; pero nada de esto bastó para arredrarle ni hacerle dejar de justo modo de sentir; antes increpa terriblemente al otro ladrón, y le dice: *¿Tampoco temes a Dios tú?*

¿Ves la libertad del ladrón? ¿Ves cómo tampoco en la cruz se olvida de su propio oficio, sino que por esta confesión roba el reino de los cielos? *¿Tampoco temes a Dios tú?* dice. ¿Ves su libertad en la cruz? ¿Ves su sabiduría, ves su piedad? ¿No es justo que admiremos su generosa constancia porque estuvo en sí y no perdió el conocimiento, traspasado como estaba con los clavos, y sufriendo los intolerables dolores que le causaban? Yo, por mi parte, no sólo le juzgo justamente digno de que le admiremos, sino aún de que le llamamos dichoso. Porque no sólo no atendía a los tormentos, sino que prescindiendo de si mismo, se cuidaba del mal del prójimo y trataba de sacarle del error, y de hacerse su maestro en la cruz. *¿Y no temes a Dios,* dice, *tampoco tú?* Que era casi como decirle: No atiendas sólo al tribunal de aquí abajo, no des la sentencia por lo que ves, no mires sólo a lo que aquí sucede; hay otro juez invisible, incorruptible es aquel tribunal, y no puede ser engañado. No atiendas, por consiguiente, a que ha sido condenado aquí abajo; que allí arriba no es lo mismo. Porque en el tribunal de aquí abajo muchas veces son condenados los inocentes, y son absueltos los reos, son condenados los justos, y huyen libres los culpados. Porque los más de los hombre, unos voluntaria, otros involuntariamente, corrompen los tribunales, porque o por ignorar la justicia, o por ser engañados, o a ciencia y conciencia sobornados con dinero, hacen traición a la verdad, y dan sentencia contra el inocente. Más allá arriba saldrá como luz; no tiene sombras, no tiene escondrijos, no sufre torcimiento. Por eso, para que no le contestara el mal ladrón: “Ya ha sido condenado en el tribunal de aquí abajo; ¿por qué le defiendes?”, le citó al juicio de arriba, a aquel terrible tribunal, a aquel juzgado incorruptible, a aquel juez infalible, y le hizo recordar aquel temeroso proceso. Mira allá, le dice, y no darás sentencia condenatoria, ni estarás de parte de los hombres de aquí abajo, sino que admirarás y aprobarás el juicio de arriba. *¿Tampoco tú,* dice, *temes a Dios?* ¿Ves la filosofía del ladrón, ves su entendimiento, ves su ciencia? Súbitamente desde la cruz se remonta hasta el cielo.

Y mira cómo ya desde ahora guarda la ley apostólica, y no cuida sólo de si, sino que nada deja de hacer y discurrir para librar al otro del error y reducirle a la verdad. Porque después de decirle, *¿Tampoco tú temes a Dios?*, añadió *porque estamos en la misma condena* (Lc, 23, 40). Mira aquí una confesión perfecta: ¿Qué significa *en la misma condena? En el mismo suplicio,* dice, *porque también nosotros estamos en la cruz.* Luego cuando le afrentas a él, más que a él te lanzas injurias a ti mismo; puesto que así como cuando uno está en pecado y condena a otro, antes se condena a si mismo que al otro; así también cuando uno está en una desgracia y se la echa en cara a otro, a si mismo se la echa en cara más bien que al otro. *Estamos,* dice, *en la misma condena.* Le trae a la memoria la ley apostólica que contiene estas palabras evangélicas: *No juzguéis, para que no seáis juzgados* (Mt. 7, 1). *Porque estamos en la misma condena.* ¿Qué haces, oh ladrón? ¿Haces a Jesucristo participante de vuestra culpa, diciendo: *Nosotros,* dice, *ciertamente sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestro hecho* (Lc. 23, 41). Porque a fin de que después de oír *Estamos en la misma condena*, no creyeras que le hacía partícipe de la culpa, añadió la corrección, diciendo: *Nosotros, cierto sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestros hechos.* ¿Ves su perfecta confesión en la cruz? ¿Ves cómo lava sus pecados con sus palabras? ¿Ves cómo cumple aquella exhortación del profeta, *Di tú el primero tus culpas, para que seas justificado* (Is. 43, 26)? Nadie le obligó, nadie le acusó, nadie se lo intimó; él mismo se hizo su propio acusador; por eso no tuvo ya otro acusador en adelante. Porque él se adelantó a arrebatar para si el papel de acusador y se expuso a la ignominia pública, diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, porque recibimos el justo pago de nuestros hechos; mas este no hizo mal alguno.* ¿Ves a cuánto se extiende su piedad? Y después que se acusó a sí mismo, después que descubrió sus culpas propias después que defendió al Señor diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, mas este no hizo mal alguno*; entonces se animó también a proponerle una súplica, diciendo: *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino.* No se atrevió a decir, *Acuérdate de mi,* hasta que por medio de la confesión se purificó de la mancha de los pecados, hasta que, condenándose a si mismo por reo, se hizo inocente, hasta que por medio de la acusación depuso sus pecados.

¿Ves cuánto puede la confesión aun en la misma cruz? Oyendo esto, amado (oyente), no desesperes jamás; antes considerando la ine-

fable grandeza de la benignidad de Dios, apresúrate a la corrección de tus pecados. Porque si al ladrón que estaba en la cruz se dignó hacerle tan grande honra, mucho más se dignará usar con nosotros de su natural benignidad, si quisiéremos hacer confesión de nuestros pecados. Para que gocemos, pues, también nosotros de su benignidad, no nos avergoncemos de confesar nuestros delitos; porque grande es la eficacia de la confesión, y mucho su poder. He aquí que confesó el ladrón, y halló el paraíso abierto; y confesó y el que vivía en lactrocinios cobró confianza para pedir el reino. Hasta aquel punto no pidió el reino de los cielos. ¿De dónde, oh ladrón, te ha venido el acordarte del reino? ¿Qué señal de él has visto ahora? Clavos y cruz es lo que ves, y acusaciones, escarnios y dicterios. Sí, responde: veo señales; porque la misma cruz me parece un símbolo del reino. Precisamente le llamo rey, porque lo veo crucificado; porque propio es de un rey morir por su súbditos. El dijo: *El buen pastor da la vida por las ovejas* (Jn. 10, 11); luego también el buen rey da la vida por los súbditos. Ya, pues, que ha dado su vida, por esto le llamo rey. *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino.*

IV

¿Quieres saber cómo la cruz es también símbolo de reino y cuán venerable objeto es? No permitió que la cruz permaneciera en la tierra, sino que la abrazó y la llevó consigo al cielo. ¿De dónde consta esto? De que con ella ha de llegar en su segunda venida. Pero veamos también cuando la cruz ha de venir con él. Oye al mismo Cristo, que dice: *Si os dijeren: Mirad que el Cristo está a las puertas, mirad que está en el desierto, no salgáis* (Mt. 24, 26); sobre su segunda venida habla aquí por causa de los falsos Cristos, de los faltos profetas, del Antecristo, no sea que alguno, seducido, caiga en sus lazos. Porque dado que antes del Cristo ha de llegar el Antecristo, porque no suceda, dice, que buscando al pastor vengáis a dar con el lobo, por eso os doy señales de la presencia del pastor. Puesto que habiendo sido oculta su primera venida, no vayáis a creer que también lo será la segunda. La primera con razón fue oculta; porque vino a buscar lo perdido; mas no será así la segunda, sino ¿cómo? *Como sale*, dice, *el relámpago del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre* (Mt. 24, 27). De súbito aparecerá a todos; nadie tendrá necesidad de preguntárselo a otro. Porque así como cuando

aparece un relámpago, no tenemos necesidad de preguntar si lo ha habido; así, cuando suceda su venida, no tendremos necesidad de averiguar si ha llegado Cristo. Mas todavía no hemos dicho lo que buscábamos, si vendrá con la cruz. Pues bien, oye cómo también esto lo declara manifiestamente: *entonces,* dice, *esto es, cuando yo llegue, el sol se cubrirá de sombra y la luna no dará su resplandor* (Mt. 24, 29). Porque será entonces tan grande el exceso de luz, que aun los astros más brillantes se oscurezcan: *Porque las estrellas,* dice, *caerán, y así aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre.* ¿Ves cuánta es la excelencia de este signo, cuánto su resplandor, cuánta su luz? El sol se cubre de sombra, la luna no aparece, las estrellas caen, y sólo él se deja ver, para que entiendas que es más esplendente que la luna y más fúlgido que el sol. Porque así como a la entrada de un rey, los ejércitos van por delante llevando las banderas sobre los hombros y anunciando su entrada, así también, cuando baje del cielo el Señor de la creación, se adelantan los ejércitos de los ángeles y arcángeles llevando aquella bandera y anunciándonos la llegada del rey. *Entonces*, dice, *aun las virtudes de los cielos se conmoverán*, y habla de los ángeles y arcángeles y todas las potestades invisibles; porque se apoderará de ellas temblor y mucho temor y ansia. ¿Y por qué, díme, aún aquellas potestades tiemblan? Con justa razón. Terrible será entonces el tribunal; todo el género humano ha de ser juzgado y dar razón de sí y presentarse ante aquel tribunal tremendo. Pero, al fin, ¿por qué tiemblan entonces también los ángeles y temen las potestades incorpóreas, puesto que ellas no han de ser juzgadas? Así como cuando un juez condena a los culpados, sentado en lo alto del tribunal, no solamente los reos, sino también los de su comitiva están presentes, aunque de ninguna culpa tienen conciencia, sin embargo, temen y se espeluznan por el temor del juez; así allí, al ser juzgada nuestra naturaleza y exigírsele cuenta de sus delitos, aun los ángeles, que no tienen conciencia de culpa alguna, y todas las demás potestades, temen y tiemblan por la amenaza del Juez.

Esto ya queda demostrado; pero ¿y por qué razón en su venida trae la cruz? Oye también la causa de esto. A fin de que vean por las obras los que le crucificaron su propia necedad, como argumento de la locura de ellos, les muestra la cruz. Y para que veas que la causa de traerla es precisamente esta, la de confundirlos, oye de nuevo al Evangelista, que dice: *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra* (ibid., v. 30), viendo a su

acusador y reconociendo su pecado. ¿Y por qué te admiras de que venga trayendo consigo la cruz? aun sus mismas heridas ha de traer consigo en su venida. ¿Y de dónde consta que ha de traer consigo sus heridas? Oye al Profeta que lo dice: *Verán a aquel a quien traspasaron* (Zac. 12, 10). Porque así como a Tomás, cuando quiso corregir su incredulidad, le mostró las señales de los clavos y sus mismas heridas, y le dijo: *Mete tu dedo, y alarga tu mano* (Jn. 20, 27) y mira que el espíritu no tiene carne y huesos (Lc. 24, 39), para demostrarle que realmente había resucitado; así también entonces traerá consigo sus heridas y su cruz, para demostrarles que él es el mismo a quien crucificaron.

V

¡Grande bien es la cruz, en verdad, y muy provechoso y evidente testimonio de la benignidad de Dios! Más aún; no sólo la cruz, sino las mismas palabras en ella dichas, demuestran su inefable benignidad. Oye las mismas palabras: porque rodeándole los sayones que le acaban de crucificar e inflamados en furor; *Padre,* dice, *perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen* (Lc. 23, 34). ¿Ves la benignidad del Señor? Crucificado ruega por los que le crucifican; ¡y eso que ellos entre sarcasmos y burlas le decían: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (Mt. 27, 40)! Pero precisamente porque es Hijo de Dios no baja de la cruz; puesto que a eso vino, a ser crucificado por nosotros.

Baje de la cruz, dicen, *para que lo veamos y creamos en él* (Ibid., 42) ¡Mira las palabras de la desvergüenza y las excusas de la incredulidad! Mucho más hizo que bajar de la cruz y no le creyeron, y ahora dicen: ¡Baja de la cruz y te creeremos! Mucho más era que bajar de la cruz el resucitar a un muerto, que tenía una losa encima de su sepulcro; mucho más era que bajar de la cruz el sacar vivo del monumento, con su mismo sudario a Lázaro, envuelto en él, y cadáver de cuatro días. ¿Has visto las palabras de la estulticia? ¿has visto el exceso de la locura? Mas atended con diligencia, os ruego, para que veáis el exceso de benignidad de Dios, y cómo de la misma estulticia de ellos se vale Cristo para el perdón. *Padre,* dice, *perdónales el pecado, porque no saben lo que hacen.* Que casi es lo mismo que decir: Necios son y desconocen lo que hace. De manera que ellos decían: *Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo* (Mt. 27, 40); y él en tanto se esforzaba por

salvar a los mismos que le hacían objeto de sus oprobios, befas y escarnios. *Perdónales,* dice, *su pecado, porque no saben lo que hacen.* ¿Y qué? ¿les perdonó la culpa? –Se la perdonó a los que quisieron dar muestras de arrepentimiento. Que si no les hubiera perdonado la culpa, no hubiera Pablo sido apóstol; si no les hubiera perdonado la culpa, no hubieran creído al principio tres mil y cinco mil, no hubieran creído después muchos millares de judíos. Porque oye lo que Santiago dice a Pablo en Jerusalén: *Ya ves, hermano, cuántos son los millares de judíos que han creído* (Hech. 21, 20).

Imitemos, pues, también nosotros al Señor, y roguemos por los enemigos. Hoy os exhorto de nuevo a lo mismo a que ayer os exhorté, porque se bien lo grande de esta obra. Imita a tu Señor. El estaba crucificado y rogaba por quienes le crucificaron. Pero me dirás: y ¿cómo puedo imitar al Señor? Si quieres, puedes; si no fuera posible, no hubiera dicho El: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29): si no fuera posible imitarle, no hubiera dicho San Pablo: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo.* (1 Cor. 11, 1). Pero, ¿es que no quieres imitar a tu Señor? pues imita a lo menos a tu consiervo, a Esteban, digo, al primero en abrir las puertas del martirio. ¡El sí que imitó al Señor! Porque así como el Señor, colgado en medio de los que le crucificaban, rogaba por ellos, así el siervo, estando en medio de los que le apedreaban, herido de todos y recibiendo en si una nube de piedras, no teniendo cuenta con sus dolores, decía: *Señor, no les hagas cargo de este pecado* (Hech. 8, 50). ¿Ves cómo habla el Hijo, y cómo ruega el siervo? Aquel dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*, este dice: *Señor, no les hagas cargo de este pecado.* Y para que entiendas que esto no lo tomaba como cosa de poco más o menos, no rogaba de cualquier manera, ni de paso y a la ligera, ni de pie, sino hincadas las rodillas, con mucha compunción, con grande compasión. ¿Quieres que te ponga delante a otro consiervo mayor, haciendo oración por los enemigos? Oye las palabras del bienaventurado S. Pablo. Después de haber referido sus padecimientos: *Cinco veces recibí cuarenta golpes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces sufrí naufragio*; después de enumerar toda aquella serie de trabajos y las asechanzas que cada día tuvo que sufrir de parte de ellos, dice: *Pedía ser anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne, que son Israelitas* (Rom. 9, 3). ¿Quieres ver también a otros, no del Nuevo, sino del Antiguo Testamento, que

hicieron esto mismo? Porque es verdaderamente muy admirable, que no habiéndoseles mandado amar a los enemigos, sino arrancarles ojo por ojo y diente por diente (Ex. 21, 24, 25), y pagarles en la misma moneda, llegasen aun ellos a la cumbre de la perfección apostólica. Oye, en prueba de ello, lo que dice Moisés, tantas veces apedreado por los judíos: *Si le perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Ves cómo cada uno de los justos antepone a su propio bien la seguridad ajena? Nada pecaste; pues ¿por qué causa quieres ser participante de su castigo? Es que no hay para mi bienestar, responde, si los demás están sufriendo.

Todavía podemos recordar a otro que hizo la misma súplica. Y aduzco muy de propósito muchos ejemplos, para que siquiera, así nos corrijamos, y desterremos de nuestra alma tan terrible enfermedad, como es el pedir males para nuestros enemigos. Oye, pues, también al Santo David; habiéndose irritado Dios contra él, y enviado un ángel para castigar al pueblo, viéndole ya mostrar el acero desenvainado y dispuesto a herir, ¿qué dice? *Yo, el pastor, soy quien pequé; estos, que son las ovejas, ¿qué hicieron? Caiga tu mano sobre mí, y sobre la casa de mi padre* (2 Re. 24, 17). ¿No ves aquí de nuevo las mismas virtudes? ¿Quieres que te haga ver también a otro haciendo lo mismo? El profeta Samuel fue injuriado, vilipendiado, deshonrado por los judíos hasta tal punto, que el mismo Dios le quiso consolar. Atended, os ruego, con diligencia. Porque le dijo Dios: *No te han vilipendiado a ti, sino a mi* (1 Re. 8, 7). Y ¿qué respondió él, vilipendiado, deshonrado, despreciado, afrentado? Oye sus palabras: *Lejos de mi pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros* (1 Re, 12, 23). Tuvo por pecado el no rogar por los enemigos. Lejos de mi, dice, el pecar no rogando por vosotros.

¿Ves cuánto cuidado puso cada uno de los justos en esta virtud, imitando al Señor? Veamos, pues, en un breve resumen, todo lo dicho. El Señor dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*. Esteban, dijo: *señor, no les hagas cargo de este pecado*. Pablo, dice: *Pedía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne*. Moisés, del mismo modo: *Si les perdonas este pecad, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste*. David, dice: *Caiga tu mano sobre mi y sobre la casa de mi padre*. Samuel, de la misma manera: *Lejos de mi pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros*. Luego, ¿qué

indulgencia alcanzaremos nosotros, si, mientras nos impulsan a orar por los enemigos casi todos los justos, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, no nos esforzamos con todo empeño por hacer esta buena obra? Por consiguiente, no seamos desidiosos; así os lo ruego; porque cuanto más numerosos son los ejemplos, tanto mayor, si no los imitamos, será nuestro castigo. Mucho mayor cosa es rogar por los enemigos, que por los amigos; no os aprovecha tanto el rogar por los amigos, como el rogar por los enemigos. Oye a Cristo, que dice: *Si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos* (Mt. 5, 46)? Luego, cuando rogamos por los amigos, no llegamos a ser ni siquiera mejores que los publicanos, pero cuando amamos a los enemigos, nos hacemos semejantes a Dios, en cuanto es dado a la humana naturaleza. *Porque seréis*, dice, *semejantes a vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre los malos y buenos, y envía la lluvia sobre los justos e injustos* (Mt. 5, 46). Ya, pues, que tenemos los ejemplos del Señor y de sus siervos, imitémoslos, guardemos esta virtud, para que así seamos juzgados, dignos del reino de los cielos, y nos acerquemos con más confianza a esta tremenda mesa, purificada nuestra conciencia, y logremos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria, el poder y el honor al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILIA PARA EL DIA DE RESURRECCION

CONTRA LOS QUE SE EMBRIAGAN Y SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Pronunciada en Antioquía, no se sabe que año [26]. comprende dos partes muy distintas, como lo indica el título. En la primera habla contra la embriaguez; en la segunda, del misterio de la gloriosa resurrección del Señor. Puede llamar la atención el unir en una misma homilía materias tan diversas; pero eso es bastante ordinario en estas homilías, dada su índole sencilla, y , sobre todo, atendiendo a que los Santos Padres, como ahora los párrocos, se veían en la precisión de corregir cuanto antes algunos abusos introducidos en el pueblo.

Parte 1.ª I. Ha pasado el ayuno corporal, mas no el espiritual (esto es, el abstenerse de pecado), y para este ayuno no vale ninguna excusa.

II. Evitemos la embriaguez, no sólo del vino, sino de las demás pasiones, pues hay más embriagueces que la del vino.

III. Explicación del texto de San Pablo: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*, y descripción de la embriaguez por definiciones.

IV. El ebrio es peor que un endemoniado; vivísima descripción y comparación de entrambos: es también más insensato que los irracionales; cuán irracional es lo que sucede en las mesas de los que tienen contienda sobre quién comerá y beberá más desordenadamente; es además el ebrio más miserable que un muerto; finalmente, lo que es más grave, no puede entrar, mientras no se arrepientan, en el reino de los cielos. (Hermosa y valiente exposición del texto: *ni los fornicarios, ni los ladrones... ni los ebrios entrarán en el reino de los cielos).*

V. Al hablar así no me dirijo a vosotros, pues presumo que no sois tales a vosotros os aconsejo la segunda parte del mismo texto: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo*; sí, llenaos del Espíritu Santo; esta es buena embriaguez; embriaguémonos con el cáliz de la sangre del Señor.

Parte 2.ª VI. Embriaguémonos con esta embriaguez espiritual y abstengámonos de la otra, para no afrentar esta fiesta, que pertenece al cielo y a la tierra, pues hoy se regocijan los ángeles y los hombres y el mismo Señor de los hombres y de los ángeles. No se entristezcan en esta fiesta los pobres, ni se engrían los ricos, pues entrambos, muy al revés de lo que sucede en los convites terrenos, participan igualmente de esta mesa espiritual; lo mismo es aquí el rey que el mendigo, antes, a veces, es preferible el mendigo al rey. Tampoco hay en este convite diferencia de vestidos; no hay aquí más que la vestidura de Cristo recibida en el bautismo.